



REVISTA CIDOB D'AFERS INTERNACIONALS 73-74.

Lo intercultural en acció,
identidades y emancipaciones.

Islam y representaciones mediáticas

Mohamed Bensalah*

RESUMEN

Para el autor de este artículo, el trato mediático del islam ha suscitado una gran cantidad de interrogaciones y debates polimórficos. Reactivado por los grandes sobresaltos de la actualidad, y aunque el tema es ya bastante antiguo, suscita todavía muchas cuestiones. Como introducción, el autor intentará analizar los complejos procesos de elaboración y percepción de las representaciones que han prevalecido durante el último siglo. Refiriéndose a la descodificación semántica de la abundante literatura e iconografía colonial, el autor procurará traducir las crispaciones xenófobas y las cristalizaciones identitarias ligadas a la actual orquestación mediática del islam, tanto en Occidente como en Oriente. En segundo lugar, evocará las exageraciones informativas que se encuentran en el origen de numerosas amalgamas sabiamente mantenidas entre islam, islamismo y terrorismo islámico, que destacan por su duplicidad y rapidez; facilidad que emplean para ponerse conscientemente al servicio de mistificadores y directores de conciencia muy activos en el seno de la esfera político-mediática. Tras dirigir una severa acusación contra los perjudiciales derivados de los medios de comunicación, sobre todo en tiempos de crisis y guerra, el autor concluye diciendo que estos instrumentos de comunicación pueden, una vez se han deshecho de sus máscaras y de sus aparatos de inyectivas, re-educarse a palabras nuevas y a una comunicación verdadera entre pueblos y culturas.

*Palabras clave: identidad cultural, interculturalidad, terrorismo,
medios de comunicación, islamismo, integrista*

*Profesor. Departamento de Ciencias de la Información y de la Comunicación. Universidad de Orán.
Investigador del Centre de Recherche en Anthropologie Sociale et Culturelle (CRASC).

Colabora en *Le Quotidien d'Oran*
mbensalah2005@yahoo.fr

¿Cómo sustituir las ideas de choque, confrontación y guerra, por las de solidaridad, fraternidad y entendimiento entre naciones, cuando algunos pueblos se hunden todavía bajo una horrible capa de plomo? Es difícil también hablar de diálogo, intercambios, libertad y democracia, cuando estos conceptos suponen la existencia de correlaciones, de complementariedades y postulan la unidad o, al menos, una coherencia relativa entre estados. Una cooperación sincera y sin segundas intenciones es difícil de imaginar, mientras no se acabe con la dinámica desencadenada de ira y rencor. Esta constatación engendra, ciertamente, infinitas reflexiones. Eminentemente investigadores, politólogos y especialistas trabajan todavía en el tema, se realizan estudios pero, hoy por hoy, todas las cuestiones suscitadas carecen de resonancia¹.

“CHOQUE DE CIVILIZACIÓN”, “CHOQUE DE CULTURAS” O ENTRECHOQUE DE BARBARIES E INCULTURAS

A medida que pasan los años se impone el sentimiento de que un cambio en el curso de los acontecimientos es totalmente hipotético, al menos a corto plazo, debido a las grandes fracturas y a las insoldables incomprensiones. De las conquistas a las cruzadas, de la colonización al “nuevo desorden mundial”, de los bombardeos de Afganistán e Irak a la situación del pueblo palestino, las fuentes de discordia parecen inagotables. Entre culturas y civilizaciones, los estereotipos que creíamos profundamente enterrados en las memorias, resurgen. La religiosidad que introduce el fanatismo y la intolerancia en los corazones se disemina de forma lenta y segura a través de todo el espacio vital.

La nebulosa terrorista ha vuelto a poner al islamismo en el punto de mira. No más violento o más “terrígeno” que el cristianismo, el judaísmo o el budismo, el islam, actualmente rehén del integrismo, se ha convertido en el blanco estratégico de los islamóforos. Mucho antes del 11 de septiembre del 2001, responsables políticos y pensadores se ponían de acuerdo en destacar su peligrosidad. Al día siguiente de la retirada soviética en Afganistán (1989) esta visión infundada se afianzó firmemente en las mentalidades. Los ataques contra Nueva York y Washington no han hecho otra cosa que estimular el ardor guerrero contra un mundo musulmán que se encuentra en plena tormenta. Desde de las ruinas humeantes de las Torres Gemelas y del Pentágono, George W. Bush desveló claramente sus intenciones hacia todos los musulmanes del mundo, cargadas de suposiciones y de retórica guerrera, que no dejan entrever ninguna duda sobre su visión dicotómica del mundo. Hablando unas veces de “cruzadas”, de “choques de civiliza-

ciones” y otras del “Imperio del mal”, no dudaba en amalgamar mediante una semántica dudosa, islam, islamismo rigorista y reivindicaciones guerreras en el nombre de Alá. Señalando la vindicta pública para todos aquellos que no pertenecieran a su iglesia, se sorprendía al mismo tiempo por la ausencia de simpatía hacia el “buen pueblo americano, decente y respetuoso con los demás”.

Reveladas y amplificadas por los medios de comunicación, sus intempestivas declaraciones han convertido a Al Qaeda en un mito político y mediático, y a Osama Bin Laden, en icono y símbolo. Convertidos en enemigos públicos número uno de Estados Unidos después de haber sido durante mucho tiempo sus incondicionales confidentes, los partidarios de la yihad no podían esperar mejores cumplidos y mejor acogida por parte del “gran Satán”. Este aura inesperada afianzó a estos últimos en su combate sin gracia contra “los nuevos cruzados y los judíos”.

HISTORIA Y REPRESENTACIONES DE LA ÉPOCA COLONIAL A NUESTROS DÍAS

La idea de una superioridad fundamental de la civilización occidental no es únicamente propia de la América “imperial”. Esta se implantó en las mentes a través de abundante literatura y una iconografía muy rica, realizadas por especialistas de la manipulación semántica. Transformados en implacables máquinas ideológicas al servicio de una historia mistificada y mitificada, todos los vectores de la información (imágenes, cuadros, grabados, literatura, cine, etc.) se afanaban por construir el imaginario europeo, destacando la civilización, las lenguas, las culturas y las religiones de las potencias occidentales. Ocultando y travistiendo conscientemente las realidades más evidentes, los promotores de la gigantesca empresa de propaganda colonial, que se afanaban por imponer la aceptación de “los beneficios de la colonización”, se ensañaban en destruir la memoria histórica, la lengua y los valores espirituales y culturales de los “indígenas” bajo tutela. Incorporados en las representaciones inscritas en el inconsciente colectivo, y repetidos hasta la saciedad, la mayoría de estos mensajes icónicos y sonoros convergían en un mismo objetivo: equiparar el islam a la barbarie y mostrar a aquellos que practicaban esta religión como seres retrasados, violentos y sanguinarios. Incrustando progresivamente en los cerebros este “alimento” para el espíritu, normalizaron los imaginarios de un modo egocéntrico y narcisista.

Captar la relación actual de los medios de comunicación con el islam supone de antemano la evocación de los complejos procesos de elaboración de las representaciones que han prevalecido durante el último siglo. La descodificación semántica de la abundante

obra literaria y las extraordinarias imágenes producidas durante el largo paréntesis colonial informan bastante sobre la mentalidad de la época. Gracias a las virtudes mágicas de la imagen y la ficción cinematográfica, las sangrientas conquistas coloniales se convertían en exaltantes misiones civilizadoras. Estos clichés, que perduran todavía en algunas memorias, ocultaron conscientemente la realidad durante mucho tiempo, cuando no la disfrazaban, alejando así este hecho de cualquier mirada crítica, cualquier análisis lúcido sobre la historia contemporánea. Bajo la protección de los medios de comunicación, estas representaciones tendenciosas siguen invadiendo el imaginario colectivo.

La orquestación mediática actual del islam en Occidente, utilizando los mismos clichés, hace renacer las mismas incomprendiones además de generar xenofobia y racismo. La crispación en torno al velo, calificado de “islámico”, y los debates sobre-mediatizados e instrumentalizados políticamente son tristes ejemplos de ello. Analizando y examinando el tema del velo, la televisión proyecta sus propios miedos imponiendo un cuadro de lectura maniquea. Participan así en la definición social de los musulmanes de Francia. “Los medios de comunicación no se contentan con proceder a la ‘islamización’ simbólica de inmigrantes y franceses de adopción”; “Ven lo que ellos perciben como ‘islámico’ a través de un filtro atestado de fantasmas” –escribe Thomas Deltombe (*Le Monde Diplomatique*, 27 de marzo del 2003). Patrick Poivre d’Arvor ataca directamente aquello que califica de “hiper mediatización”: “algunas torpezas por aquí, unas provocaciones por allá y ya tenemos fabricado un debate nacional” –se ofende en directo en TF1 (24 octubre 1989). Para Gérard Carreyrou (TF1) sin embargo, “aceptar el chador, símbolo de integrismo desde Irán, es alentar a los extremistas frente a aquellas y aquellos que quieren librarse de él”. Así pues, tras una aparente neutralidad, el partido que toman los periodistas se revela por la elección de sus interlocutores. Más allá de las palabras, que van cambiando –“integrismo” en 1989, “islamismo” en 1994, “comunitarismo” hoy en día– los reportajes funcionan siempre siguiendo el mismo esquema. Sólo hay que fijarse en los documentales que desde 1989 insisten en las “extrañas conexiones” de tal asociación islámica, el “doble lenguaje” de tal personalidad musulmana, el “marco” masculino de las manifestaciones de mujeres veladas, sin que nunca los periodistas intenten esclarecer estos “misterios”.

Nos preguntamos a veces ¿Cómo podemos explicar que un simple “pañuelo” pueda por sí mismo, cristalizar todos los miedos y fantasmas de una sociedad? La religión, ¿se ha convertido en una simple manifestación de signos exteriores? Lo mínimo que podemos decir hoy en día respecto a estas representaciones arquetípicas, que perduran en algunas mentes, es que no son siempre indicios de sagacidad y objetividad.

Lo novedoso en la polémica sin fin sobre la religión musulmana es su desmedida mediatización. Cuando el contexto hace crecer la radicalización de los particularismos, el riesgo de politización y de instrumentalización de la religión por los medios de comunicación puede constituir un grave peligro y un ataque al derecho de los ciudadanos a

estar correctamente informados. La sobredosis de imágenes y sonidos que escapan a cualquier control constituye una amenaza real. Los medios de comunicación hoy en día son una realidad que hay que tener en cuenta. Por su omnipresencia, por su don de ubicuidad y por las nuevas relaciones de fuerza que inducen, forjan lo esencial de las representaciones colectivas y pueden convertirse en protagonistas de los acontecimientos. Nos obligan pues al análisis, a la explicación y comprensión de fenómenos complejos. Por otro lado, cualesquiera que sean las circunstancias y los acontecimientos, su naturaleza intrínseca les incita a la redundancia y a la espectacularización de la actualidad para cautivar a un público pasmado, ganar audiencia y tener mejores cuotas de mercado.

La exagerada sobre-mediatización de los discursos belicosos y las dudosas tergiversaciones de los auto-proclamados expertos indican bastante sobre la falta de claridad, la ausencia de objetividad y el flagrante déficit de honestidad. La representación desequilibrada de los conflictos de Oriente Medio, del islam o de la inmigración en Europa, ilustra perfectamente los riesgos de las desviaciones mediáticas. A los escabrosos pronósticos y a las alegaciones caprichosas se añaden a veces las mentiras caracterizadas y amalgamas, que cultivan el catastrofismo, el pesimismo y las falsas esperanzas.

NUEVO REPARTO MEDIÁTICO, NUEVOS CÓDIGOS DEONTOLÓGICOS DE LA OBJETIVIDAD, NUEVAS APUESTAS

Si ya es importante saber cómo cristalizan los fantasmas y los miedos de una sociedad y cómo se propagan los mitos y los estereotipos a través de los medios de comunicación, es igual de importante comprender cómo los mensajes icónicos y sonoros, caricaturescos y reductores, los prejuicios generadores de intolerancia y xenofobia, perpetúan los arquetipos y actúan sobre los imaginarios colectivos. Al preguntarnos hoy en día sobre los procesos de elaboración de las representaciones y sobre su impacto, no podemos dejar de lado una reflexión sobre el lugar y el papel que ocupan los medios de comunicación en tanto que sistema de producción y reproducción de mensajes. Sea cual sea nuestra edad, nuestro nivel de formación o nuestro modo de vida, todos somos –aunque a diferentes niveles– permeables a las constantes representaciones de normas, modelos de pensamiento y comportamiento que, progresivamente, se convierten en pensamientos y comportamientos modelo. La parte más íntima de nosotros mismos se encuentra perturbada por la intrusión masiva y desordenada de referencias políticas, sociales, culturales y artísticas, que manan casi exclusivamente de las industrias cultura-

les occidentales. Si actualmente, las imágenes de una Europa mítica y las del gran sueño americano perduran en las mentes de los jóvenes y de los no tan jóvenes provenientes de los países en vías de desarrollo, esto se debe, en gran parte, a la omnipresencia e impacto de las imágenes sobre las conciencias.

Entendidas como enlaces estratégicos de influencia, las herramientas de la comunicación se supone que son (siguiendo su etimología) medios de acercamiento de los pueblos, las culturas y los individuos. Sin embargo, las crisis y desdichas actuales han empañado desgraciadamente su imagen y pervertido su función. Los ecos de la actualidad revelan ampliamente su parcialidad en la retransmisión de los hechos y acontecimientos, sobre todo en períodos de crisis o conflictos. Coto privado de los estados mayores políticos y militares, o propiedad exclusiva de los aliados internacionales que sacan sustanciales beneficios, los medios de comunicación se transforman entonces en temibles matrices ideológicas, como hemos podido constatarlo en las últimas guerras. Considerando la comunicación como un frente de combate, la administración norteamericana jugó a la transparencia opaca. Unidos en una bella complicidad, responsables políticos y militares, magnates de la prensa y del periodismo, han alimentado sin consideración la psicosis colectiva, aplicando nuevas reglas de juego, nuevos códigos deontológicos de la objetividad. Al día siguiente del hundimiento de las Torres del World Trade Center, el sórdido ceremonial mediático se afinó. Atrapada y como subyugada por los discursos de los carismáticos líderes que incentivaban el sentimiento patriótico y religioso, la población norteamericana, inundada de imágenes y sonidos cuidadosamente seleccionados, clasificados y saneados, se encontraba como hipnotizada por sus mediadores. Estos últimos no dudan hoy en reconocer de pasada ser ellos mismos víctimas y cómplices de la desinformación. ¿Qué podemos decir entonces del resto de ciudadanos del mundo? En medio de un magma indiferenciado de noticias no es nada fácil forjarse una opinión personal, distinguir lo verdadero de lo falso, lo que es producto de la información y lo que es producto de la intoxicación. Entre ambos conceptos, que siguen, sin embargo, lógicas diferentes, las fronteras se difuminan. El desmantelamiento sistemático de las barreras ha hecho inevitable los desbordamientos, las transgresiones permanentes de las reglas y de las constricciones éticas y morales que funcionan como tales. Cuando hay un *black-out* sobre la información planetaria, cuando faltan la ética y la deontología y, finalmente, cuando hay una manifiesta falta de clarividencia, de objetividad y honestidad por parte de los mediadores, se deja la puerta abierta a las peores mentiras y calumnias y a las mayores exageraciones mediáticas bajo la máscara, claro está, de la neutralidad y la objetividad absoluta.

En cada gran acontecimiento, en cada gran conmoción, el riesgo del totalitarismo se acentúa y los nefastos efectos de la información destilada se hacen manifiestas: pérdida general de crédito de los dispositivos de información, crisis de confianza cruzadas que afectan a las relaciones de los ciudadanos con los políticos, con los mediadores y a

las ambigüedades que vinculan a estos últimos entre sí. La información, piedra angular del desarrollo y elemento vital del dinamismo de una sociedad, se convierte en un temible instrumento de manipulación de las conciencias y en arma de guerra.

Podemos seguir examinando ampliamente los medios de comunicación para pesar y sopesar su duplicidad, pero lo que nos interesa, dentro del marco de este estudio, es su facilidad para ponerse conscientemente al servicio de mistificadores y directores de conciencia, tan presentes en la esfera político-mediática. Evidentemente no se trata en absoluto de acusar aquí a los medios de comunicación, sino de promover una utilización más activa e inteligente, con el fin de suscitar y desarrollar el verdadero diálogo intercultural y crear nuevas colaboraciones para salir del aislamiento.

LA ORQUESTACIÓN MEDIÁTICA DEL ISLAM

¿Está la mediación condenada a empujar al mundo a una comunicación de crisis? Observando tanto las grietas nacidas de las xenofobias antiárabes, antijudías y anticristianas, como los estereotipos, los malentendidos, las ocasiones de diálogo no aprovechadas, podríamos creer que sí. Siendo vías para el acercamiento de los ciudadanos del mundo, los medios de comunicación aparecen, cada vez más, como fuentes inagotables de incompreensión y conflictos. La cuestión es, pues, saber si existe un modo de escapar a las constricciones impuestas por las políticas y las firmas transnacionales que, a largo plazo, amenazan con convertirse en hegemónicas. Para ello, es fundamental comenzar a identificar las principales cuestiones planteadas por la mediatización incompleta y parcial de las informaciones. Si bien el progreso tecnológico ofrece nuevas oportunidades, en particular a los países emergentes de la orilla sur, que ven metamorfosearse su paisaje audiovisual, también es fuente de inquietudes. En efecto, el desvanecimiento de las fronteras y el fin de la escasez de imágenes, no son siempre sinónimos de libertad. El fulgurante desarrollo de las parabólicas en los países reducidos al bajo rango de consumidores de mensajes preparados bajo otras cielos, constituye un riesgo potencial de profunda y duradera desestabilización de las mentalidades. Hoy en día, uno de los puntos de unión real entre Occidente y Oriente, un cordón umbilical visible, es el haz luminoso que transita por las antenas parabólicas. Este nexo es desgraciadamente un engaño. Las imágenes y los sonidos, que supuestamente eliminaban las distancias y facilitaban la coexistencia, se limitan simplemente a la transferencia de imaginarios y estereotipos profundamente anclados en las memorias. Por supuesto, aprovechamos indirectamente las ventajas de los satélites de telecomunicación, pero de ser una baza hemos pasado a convertirnos en objetivo y nuestra servidumbre a la pequeña pantalla no deja de cre-

cer. Esta constatación y estas cuestiones nos incitan a prestar una mayor atención para evitar la desaparición de diferentes culturas e identidades culturales, testimonios de la riqueza de la humanidad.

El islam mediatizado se ha convertido en sinónimo de fanatismo, de violencia e incluso, en ocasiones, se ha emparentado con el fundamentalismo y el terrorismo. Los críticos hacia la religión musulmana no han esperado la guerra de Irak para instrumentalizar la religión y declarar su hostilidad, sus fobias, sus miedos y sus elucubraciones. Actuando siempre en la cuerda floja de un hipotético “peligro islámico”, politizan e instrumentalizan a ultranza esta religión, para diabolizarla mejor. Esta visión restrictiva y caricaturizada del islam, pretexto para desencadenar el odio, es fuente potencial de problemas y amenazas. Esta ideología, así como la imagen negativa a priori de lo árabe y lo musulmán, constituye una agresión característica y una ofensa a los millones de musulmanes que, al contrario de lo que se difunde, rechazan categóricamente la violencia y la barbarie. Con la sobre-mediatización de los discursos rencorosos y racistas que llevan inevitablemente al rechazo sistemático y casi histérico del “otro” (árabe y musulmán), se acaban por instalar en las mentes el miedo, el terror y la sensación de peligro. Y esto es precisamente lo que buscan los terroristas de todos los bandos. El malentendido en el enfoque sigue siendo grande y los medios de comunicación, igual que los educadores, tienen una gran responsabilidad en este tema. Mc Luhan dijo: “El pez rojo no ve el agua de la pecera”.

Todos los fundamentalistas y extremistas cultivan esta visión maniquea y dicotómica del mundo donde se encuentran “el Bien” y “el Mal”, la luz y la oscuridad, el desorden y su contrario. El recurrente sentimiento de “superioridad” que propagan dentro de la colectividad es el mecanismo esencial para la afirmación de la conciencia de ser diferente. El “otro” es automáticamente el intruso, el paria, el disidente, el extranjero, diferente por su fe, su salvajismo y su barbarie. Es también el impío, el pagano el apóstata o el ateo. Limitar el inconsciente, e incluso la megalomanía, sólo a los medios de comunicación occidentales sería un grave error. Los países musulmanes, que disimulan mal su autoritarismo tras los oropeles de la democracia formal, tienen gran parte de responsabilidad en el tema de la instrumentalización de la religión. La desinformación, la manipulación y la falsificación de la realidad son manifiestas en la mayoría de los estados. Las *fatwas* católicas (prédicas, recomendaciones y a menudo amonestaciones) que transitan por los satélites árabes no tienen nada que envidiar a los discursos bélicos de los islamófobos convencidos. La “buena palabra” que cae del cielo, vía Al Yazira (Al Chari’a Wal Hayet), Al Thaqqafiya (Fatâwi ‘ala al hawa), Al Minhar (Al Muslimun), Al Alam (Likaynaltaqui), Al Ta’ Limiya (Is’Al Wa ana ‘Ujib), por nombrar las más vistas, dejan estupefacto. La pasión religiosa que invade a todas las sociedades árabes y la demagogia mediática de la regresión ponen en duda las revoluciones de Copérnico, Galileo, Einstein, Freud, etc. Para competir con Al Yazira y Al Arabiya y sitiar las capi-

tales árabes, el Departamento de Estado norteamericano ha financiado y puesto en marcha, en los satélites Arabsat y Nilsat, Al Hurrah TV, una cadena de habla árabe, que completa la actividad de la radio US Sawwa creada en el 2002.

Muy prolijos en hipérbolos y superlativos, los ciegos o limitados guardianes del orden mediático en los países musulmanes deben cargar también con parte de culpa. La pasividad, la incompetencia, o incluso las negligencias en algunos dirigentes o jefes espirituales son flagrantes. Las redes que irrigan los medios de comunicación de sus países han demostrado su incapacidad para poner fin a las amalgamas, a los miedos y a las elucubraciones, pretextos para la invasión del odio contra los millones de musulmanes que hay en el planeta. Por otro lado, no se hace nada o casi nada, para “lavar” al islam y a los musulmanes de las acusaciones y alegaciones de las que les hacen objeto por otro lado extremistas, fanáticos, terroristas... No se hace nada tampoco para defender los valores que hicieron la grandeza de la religión y de la civilización musulmana, que son precisamente, el rechazo a la violencia, el llamamiento a la tolerancia, al amor, a la solidaridad y a la ayuda mutua. Jacque Attali, en una obra que acaba de publicar, se pregunta “¿porqué el islam, que ha desarrollado más que todas las demás religiones la ciencia en el siglo X, XI y XII no aparece en los libros de historia?” (*La Confrérie des Eveillés*. Ed. Fayard, octubre 2004). Al contrario, son las ideologías aproximativas de algunos líderes carismáticos del mundo musulmán quienes alimentan la crisis de un *quid pro quo* fundamental: creen poder preservarse encerrándose e intentan reestructurar las sociedades islámicas con un movimiento de retorno a los orígenes².

LA AMALGAMA “RELIGIÓN ISLÁMICA / TERRORISMO ISLAMISTA”

Si lo juzgamos por el incalculable número de encuentros internacionales y debates que le han sido consagrados, y por el lugar preponderante que ocupa en el conjunto de los medios de comunicación, escritos y audiovisuales, podemos decir que el terrorismo se ha convertido en un hecho social mayor. Su orquestación mediática, que ha originado agitados debates y provocado fuertes controversias, mantiene siempre la polémica, tanto en la escala nacional como en la internacional³. Estrategia muy antigua, puesta a la orden del día a nivel planetario con ocasión de la campaña de opinión sin precedentes iniciada por los Estados Unidos al día siguiente a los atentados de Nueva York y Washington, el terrorismo se combina ahora con cualquier cosa. Es político, religioso, informático, bacteriológico, nuclear, químico, alimentario e incluso de derecho común. En resumen, el vocablo se presta a todas las combinaciones y permite todas las amalga-

mas⁴. Nosotros constatamos, por otro lado, que los integristas religiosos y los extremistas políticos no tienen ya la exclusiva. Actualmente, algunos estados, fortalecidos por su sentimiento de poder y de extrema impunidad, recurren cada vez más a actos violentos que provocan dramáticos daños “colaterales” en las poblaciones civiles. Bajo un “contra-terrorismo” preventivo y sin el aval de las Naciones Unidas, una justicia superficial, expeditiva y arbitraria, ha sustituido al derecho y al respeto por la dignidad humana.

El terrorismo a escala nacional sigue estando muy ligado al resurgimiento del terrorismo internacional, que alcanzó su cenit el 11 de septiembre 2001, al derribar los mayores símbolos del poder mundial: “el financiero (las Torres), el estratégico (el Pentágono) y el político (la Casa Blanca)”⁵. Ha sido necesaria la muerte de miles de norteamericanos para que Estado Unidos tomara realmente conciencia de su peligrosidad a todos los niveles. Antes de esta fecha, los gritos de los “ajusticiados” egipcios, iraníes, sudaneses y argelinos apenas eran escuchados por la comunidad internacional. Pensando estar resguardados del tornado integrista que, en un primer momento, apuntaba fundamentalmente a los musulmanes, las grandes potencias mostraban una actitud llena de condescendencia y desprecio hacia los pueblos desamparados.

Las *superstars* del terrorismo mundial fueron armadas, entrenadas y alentadas por el Estados Unidos conquistador, que las utilizaba como carne de cañón frente al potente ejército de la antigua Unión Soviética. Sus fieles aliados, los países del Golfo y particularmente Arabia Saudí, que financiaron la subversión y los atentados terroristas en todos los rincones del globo, esperaban así alejar al terrible espectro de su territorio. Por último, los talibanes afganos calificados de “combatientes de la libertad” por los Estados Unidos cuando estaban a sus órdenes, se encargaron de recoger los frutos de las frustraciones, de las exacciones y de los fracasos provocados por los regimenes árabomusulmanes y occidentales incompetentes. Cohortes de jóvenes desamparados, sin trabajo, excluidos y olvidados en pos del progreso fueron, en el plazo de pocos meses, reclutados y transformados en bestias feroces. Con la semilla de la violencia sembrada, y el proceso de contagio puesto en marcha, el efecto *boomerang* fue irreversible. Los “afganos” adoptivos fueron devueltos a su país de origen, para perpetuar el terror y hacer correr la sangre de sus propios compatriotas.

Reactivada por los grandes sobresaltos de la actualidad, la cuestión del trato mediático a los actos del terrorismo islámico suscita todavía hoy un gran número de interrogaciones y debates polimórficos⁶. La prensa y los platós de televisión, con ganas de audiencia y en búsqueda de escándalos, no dudan en utilizar anatemas y pleitos para atraer a la audiencia. La más trivial noticia se remodela bajo un ángulo pernicioso y palabras de circunstancia que se seleccionan meticulosamente para mantener a la audiencia en vilo. Todo esto muestra con que ligereza se aborda la información en detrimento de la deontología y del respeto al lector, oyente o telespectador. Seleccionando los hechos y focalizando la atención sobre algunos aspectos, eliminando todo aquello que pueda parecer de poco inte-

rés, los medios de comunicación se han puesto a “fabricar” los acontecimientos que posteriormente nos mostrarán a fuerza de semántica conflictiva y abuso de amalgamas.

Stricto sensu, el terrorismo es una técnica y un método. Juzgar el método implica juzgar también las consecuencias⁷. Y estas últimas son a menudo devastadoras. Raymond Aron tenía razones para escribir que “los efectos psicológicos son mayores que los efectos físicos”. La dialéctica de los fanatismos y los extremismos es, en resumen, muy simple: impresionar a la población, crear un clima de inseguridad y desestabilizar el orden establecido. De ahí el recurso sistemático de los terroristas a la intimidación, a la amenaza, a la coacción y al uso de la fuerza brutal para “comunicar” sus dictados. Los aspectos psicológicos y simbólicos son una dimensión absolutamente capital del terrorismo. Los promotores de la violencia no desconocen el impacto de sus torturas, violaciones, mutilaciones, ejecuciones en masa y masacres de civiles. Lo aprovechan todo: desde los crímenes más sórdidos del derecho común hasta las noticias más peregrinas. Su victoria se completa cuando todos los dramas, todos los crímenes y todas las exacciones que les son imputadas son profundamente mediatizadas.

Sin la amplificación de los medios de comunicación, la angustia y el terror no hubiesen alcanzado nunca semejante impacto en el planeta; sin la CNN no habrían sido conmovidos todos los habitantes del planeta de forma simultánea cuando fueron las Torres de Manhattan. Los atentados contra la primera potencia mundial no hubiesen tenido nunca el mismo impacto simbólico. Sin Al Yazira (cadena qatarí concebida como anti-tética a la CNN) tampoco habríamos tenido nunca un punto de vista distinto al americano. Pero el “espectáculo” del terrorismo no debe imponer el terrorismo del espectáculo. Los medios de comunicación son responsables de la diseminación masiva del mito de Al Qaeda por todo el planeta y de convertir en estrellas mundiales a Sadam Hussein, Osama Bin Laden, Abu Moussa Al Zarkaoui, entre otros.

Cuestionar la relación terrorismo/medios de comunicación obliga a reconocer los nexos forjados entre ambos conceptos. Si centramos la atención hacia los medios de comunicación y, de rebote, hacia el público al que van dirigidos, los integristas tienen libertad absoluta para dictar sus estrategias de influencia. Muy a menudo, los profesionales de la información que cubren las noticias relacionadas con el terrorismo se encuentran atrapados y acosados por todas partes al tratar temas complejos y que requieren tiempo, discreción y prudencia. ¿Cómo informar en estos casos con total honestidad y objetividad a la opinión pública? Observadores y testigos de la actualidad se ven abocados, en tiempos de crisis, a ser enteramente actores, obligados a interpretar los acontecimientos y a proponer interpretaciones. Les toca entonces hacer malabarismos entre el imperativo objetivo de informar y el respeto de los límites implícitos que no hay que transgredir.

Ávidos de exclusivas y de sensaciones fuertes, las cadenas extranjeras traspasan la barrera del silencio impuesta por las fuentes oficiales, dramatizan en exceso los aconte-

cimientos y a veces llegan incluso hasta a deformar la realidad presentando el combate contra el integrismo como una confrontación entre dos enemigos. Se recordará, todavía durante mucho tiempo, la intensa cábala mediática, sabiamente orquestada contra Argelia en plena ola de terror, cuando se buscaba diabolizar al ejército a partir de las televisiones y radios extranjeras, utilizando la pregunta de “¿quién mata a quién?”. Esta instrumentalización del sufrimiento por los medios de comunicación es tan condenable como el acto criminal en sí.

LOS LÍMITES DE LA INFORMACIÓN DE SEGURIDAD. EL PRECEDENTE ARGELINO

Si bien no podemos absolver a los medios de comunicación de sus carencias y sus errores deontológicos y éticos, estamos en nuestro derecho de preguntarnos sobre las desviaciones informativas, sobre la ausencia de un análisis lúcido y razonado y sobre el pesimismo de los “creadores de opinión”. Tenemos también el derecho de preguntarnos sobre la atonía de los medios de comunicación en general y sobre las taras de un sistema mediático inicuo que, por sus fallos, provoca penosos efectos y constituye un obstáculo para cualquier perspectiva de instauración de una comunicación verdadera entre los seres humanos.

La cobertura mediática de la sangrienta última década en Argelia puede ilustrar bastante bien este tema⁸. Aunque todavía es demasiado pronto para sacar conclusiones, puesto que a las heridas les falta mucho para cicatrizar, podemos analizar la situación. A medida que pasan los meses y los años llega la hora de hacer dolorosos balances, el sentimiento que prima es el de que, globalmente, los medios de comunicación no supieron responder a la misión que se les había asignado. Frente al espantoso horror, la inercia de la única cadena nacional (ENTV) y el nulo entusiasmo de la radio pública (ENRS) fueron flagrantes. Los medios de comunicación públicos, normalmente tan pródigos en muestras y demostraciones cuando se trataba de la actividad gubernamental, frente al terrorismo perdieron de antemano la batalla de la información. En lugar de movilizar a la población contra el terrorismo y contra el caos que se iba instalando progresivamente, en vez de sacar a la luz las abominables atrocidades y el número de desaparecidos que iba en aumento día a día, en lugar de ayudar a los ciudadanos a aclararse dentro del infernal embrollo político, la máquina mediática prefirió adormecer la vigilancia, transmitiendo fórmulas, de las cuales la más famosa fue “el terrorismo residual”, que hacía pasar de vivos a muertos cada día a decenas de honestos ciudadanos. Y aunque el *shock* fue terrible, la lección dista mucho de estar aprendida.

Para justificar las disfunciones del aparato informativo, los poderes públicos enfrentados a la barbarie, dicen que es adecuado filtrar los hechos de manera prudente y reflexiva. Justifican el *black-out* informativo diciendo que no se puede ir contra el terrorismo y, al mismo tiempo, ofrecerle tribunas. De ahí la pronunciada tendencia de la información oficial a minimizar los hechos, a ocultar la realidad y a disimular la información. Efectivamente, sin el eco y la amplificación mediática, los actos terroristas se quedan a dos velas. La retención de la información, llevada a cabo para reducir el contagioso sentimiento de angustia y pánico que provocan las malas noticias, terminó por desacreditar a los medios de comunicación nacionales. Según los profesionales de los medios de comunicación, esta neutralidad periodística que ellos asimilaban como censura disfrazada, está confinada a la traición, puesto que ella implica irremediablemente efectos perversos. El rumor, respuesta al silencio inquietante de las autoridades, se propaga, hincha desproporcionadamente los dramas y provoca dramas en cascada. El ántrax y el terrorismo biológico e informático han dejado profundos estigmas.

Observar el silencio sobre los horrores perpetrados por los terroristas y evitar mostrar la ignominia de los crímenes humanos y materiales que ellos firman, conlleva indirectamente el diluir sus responsabilidades y hacerse cómplices del desorden y la anarquía. ¡Qué gran dilema! Los terroristas lo saben. Para estar de actualidad, les basta con sobresalir en horror e ignominia. Cogidos de improviso, los medios de comunicación oficiales se encuentran con la obligación de reaccionar antes de que los medios de comunicación extranjeros muestren brutalmente las noticias al pueblo argelino por medio de las parabólicas. De este modo, durante doce años, ninguna estrategia general fue satisfactoria, y la lección sigue sin aprenderse. Es importante pues, intentar desbrozar este terreno dónde el corazón puede a menudo más que la razón, para evitar sufrir las ondas mediático-políticas que ya no respetan a nadie. Por otro lado, debemos tener en cuenta que los profesionales de la información que relatan un acontecimiento, no se limitan a transmitir los hechos, sino que les dan forma y sentido, a través de sus competencias, de narrar lo que han vivido y de su visión de las cosas y del mundo. No se puede ignorar por tanto, su subjetividad, que se inscribe en filigranas, tanto a nivel de elección de temas para analizar, como en el trato y en la planificación de los acontecimientos.

En esta guerra, terroristas y mediadores son como actores en competencia virtual por un asunto simbólico: la información. En esta competición, las reglas del juego colocan a los poderes públicos en una posición dominante. Son ellos quienes controlan el acceso a la información y a la censura preliminar, colocando, sobre todo periodista que derogue las normas establecidas, una espada de Damocles⁹. Situado bajo la amenaza constante de la manipulación y la retención de la información, el periodista de la prensa privada que se atreve a desafiar a la censura o rechace alimentarse de las fuentes oficiales, queda rápidamente como sospechoso de traición y sus escritos son rigurosamente controlados. Se verá obligado, a partir de ese momento,

a firmar con pseudónimos, cambiar de residencia y abstenerse de todo discurso crítico o, en caso contrario, tendrá que dejar de escribir.

En efecto, con el terrorismo todas las medidas de seguridad son inútiles si los problemas se plantean mal. Mientras Bush, Sharon, Blair sigan alimentando el odio y el rencor, estos continuarán creciendo¹⁰. Si vemos las exacciones en Irak, Palestina y en Chechenia, así como las nuevas disposiciones decididas por Estados Unidos y sus aliados, tenemos razones para la circunspección. ¿Cuántas amenazas para el futuro? ¿Cuántas granadas listas para lanzar? ¿Cuántos cócteles explosivos en perspectiva?

Dicho esto, ¿debemos concluir que la mediación con el islam es imposible? Nosotros no lo creemos. Los desafíos a los que se enfrenta el mundo islámico en general y los musulmanes de Occidente en particular son muy reales y múltiples. Imponen una reflexión fundamental, no sólo en la mediación del islam, sino también en el islam en tanto que religión, en tanto que cultura, en tanto que sistema de referencia. Comprender el mundo que nos rodea es, por supuesto, percibir las informaciones, pero es también dominar los mecanismos, a veces complejos, a partir de los cuales los individuos analizan los hechos sometién-dolos a su espíritu crítico. Es pues, adquirir el derecho a participar inteligentemente en la vida democrática. Desafortunadamente, en la escala de cada país, las formas sutiles y flexibles de centralismo existen y bloquean cualquier veleidad de liberación de los individuos.

No pretendemos aquí lanzarnos a una política de discriminación con respecto a otro país, sea el que sea, ni denunciar en bloque a toda la producción audiovisual occidental o norteamericana. Pero, a pesar de los obstáculos reales o virtuales, una verdadera política de comunicación intercultural sigue siendo posible si la cultura de los poderosos se libera de su agresividad y de sus fantasmas hegemónicos. El camino que lleva hacia un espacio cultural de calidad, está lleno de obstáculos. Esto implica un cambio radical de las mentalidades en los países desarrollados y exige un trabajo de opinión informativa, de explicación y persuasión. Aunque todavía es demasiado pronto para encontrar las soluciones idóneas, es posible realizar ejercicios de retroceso crítico con el fin de aclararse dentro la maraña de frecuencias y discursos bélicos. Esto nos parece esencial. Los obstáculos a cruzar no podrán ser superados por un simple candor voluntarista de mujeres y hombres de buen corazón. La búsqueda de una convergencia de las políticas culturales pasa irremediabilmente por una puesta en cuestión del sistema inicuo actual, así como por la concertación y la cooperación sincera.

Notas

1. Véase el Informe de la "Conferencia Internacional sobre el diálogo de las culturas y las civilizaciones". Unesco, París, 5/6 abril 2005.

2. Léase el informe de la "4ème Conférence islamique des Ministres de la Culture", que reunió a unos 50 países y 18 ONG.
3. Coloquio internacional sobre el terrorismo. "Le Prédédent algérien", Argel, 26, 27 y 28 de octubre de 2002.
4. Los riesgos de amalgama entre la resistencia armada para la autodeterminación y terrorismo fueron destacados por la Convención de Argel firmada por los líderes de la Organización para la Unidad Africana en 1999 (artículo 1-3 y 3).
5. Baudrillard, Jean "L'esprit du terrorisme". *Le Monde* (2 noviembre 2001).
6. Joxe, Alain. *Revue Politis* (20 septiembre 2001) P 11.
7. Baud, Jacques. "Services de renseignements et terrorisme". Cf: terrorisme.net. 8.1.2004.
8. El número de periodistas eliminados físicamente por el mundo no deja de aumentar. Los periodistas argelinos pagaron un alto precio al integrismo islámico: amenazas permanentes, asesinatos, exilio...
9. Cf. Parada interministerial del 07.06.1994, en relación al trato de la información en temas de seguridad, envió bajo forma de recomendaciones a las diferentes redacciones.
10. Cf. Resolución 1373 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de 28.09.2001, que confirma la Resolución 1269 (de 1999) y 1368 (de 2001), que se opone al terrorismo de Estado que amenaza la paz y la seguridad internacional.

Referencias bibliográficas

- AZIZA, S. "L'image et l'islam", Paris Albin. M, 1978.
- BENALI, A. "Le cinéma colonial au Maghreb. L'imaginaire en trompe l'œil". Paris: Cerf, 1998.
- BERNARD, L. "Le Retour de l'islam". Paris: Gallimard, 1985
- BLANCHARD, P. BANCEL. N. "De l'indigène à l'immigré". Gallimard, 1998.
- BOULANGER, P. "Le cinéma colonial. De l'Atlantide à Lawrence d'Arabie". Paris: Seghers, 1975.
- BOULANGER, P. "L'exotisme au cinéma". Seghers, 1975.
- CHAHDORTT, D. "Bas les voiles!". Paris: Gallimard, 2003.
- CHOMSKY, N. RAMSEY, C. SAID, E. "La loi du plus fort". Paris: Le serpent à plumes, 2002
- FERRO, M. "Comment on raconte l'histoire aux enfants". Payot, 1986.
- HADJ-ALI, Y. "Lettre ouverte aux Français qui ne comprennent décidément rien à l'Algérie". A. Michel.
- MATTELARD, M. et A. "Penser les médias". La Découverte, 1986.
- MEMMI, A. "Portrait du colonisé. Portrait du colonisateur". J.J.Pauvert, Ulrecht, 1966.
- PUJADAS, D, SELLAM, A. "La Tentation du Jihad : l'islam radical en France". Paris: Jean-Claude Lattès, 1995.
- ROY, O. "Naissance d'un islam européen", in "L'islam d'Europe". *Esprit* (janvier 1998).
- Documentales de Mohammed Sifaoui, difundidos en el programa "Complément d'enquête" de la cadena France 2 (27 janvier 2003) y en "Zone interdite" en M6 (2 mars 2003).